

Estamos en el desierto ... ¡Santo cielo!

Llegamos a este capítulo 32 que muestra el punto más bajo al cual, el ser humano puede llegar. Sí, bastan algunos días sin escuchar la voz de quien está a cargo –es decir, en la dirección– de la obra, para que el pueblo se corrompa. En el texto bíblico de Éxodo capítulo 32, versículo 1, dice: “...Al ver el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, fueron a ver a Aarón y le dijeron: Anda, haznos unos dioses que vayan delante de nosotros, porque a este Moisés, que nos sacó de Egipto, no sabemos qué pudo haberle sucedido.

Probablemente recordarás que el libro de Éxodo nos hizo descubrir y conocer al detalle, sobre el pacto de Dios con su pueblo, Israel. Ellos habían presenciado de primera mano, las maravillas y protección de Dios, al librarlos de los ejércitos del Faraón. ¿Qué deberíamos esperar, entonces, de ese Pueblo? Pues, una gran celebración, fidelidad, lealtad y un gran culto de adoración, reconociendo las bendiciones de Dios y su presencia en medio de la comunidad de Israel.

Pero el texto, nos relata algo muy distinto. ¡Moisés parece que se les “desapareció! Pasa el tiempo y nada que regresa. La gente comienza a murmurar y rezongar. Tanto el cuchicheo, como los chismes y el temor, comienzan a aflorar. ¡Qué pronto se olvidaron del pacto! Así que buscan rápidamente una solución. Éxodo 32:2-4: “...Aarón les dijo: «Aparten los zarcillos de oro que sus mujeres, sus hijos y sus hijas llevan en las orejas, y tráiganmelos». Todo el pueblo apartó los zarcillos de oro que llevaban en las orejas, y se los llevaron a Aarón. Este los recibió de sus manos, y con un buril les dio forma, hasta hacer de ellos un becerro de oro fundido. Y ellos dijeron entonces: Israel, ¡estos son los dioses que te sacaron de Egipto!”

Efectivamente, y para sorpresa nuestra, en el capítulo 32 de Éxodo hay un relato del hecho. En el momento en el cual, el pueblo tuvo la mínima oportunidad de hacerlo, Israel volvió a sus malos hábitos y a sus andanzas; disponiéndose a practicar el peor pecado posible: Poner a Dios en rivalidad con falsos dioses. Y como recuerdo de lo que había pasado y aprendido de Egipto, el pueblo descendiente de Jacob, hizo o fabricó, en oro de fundición, una especie de novilla porque estaban cansados de esperar a Moisés que había subido al monte del Sinaí. También es sorprendente ver la fragilidad y total ausencia de liderazgo de Aarón. Él ayuda al pueblo, a fundir y moldear el becerro de oro. Y es sorprendente observar que ellos hacen una especie de fiesta marcada por un sincretismo. Dice el versículo 5 del capítulo 32 que Aarón anunció al pueblo lo siguiente, en base a lo que observó.

“...Cuando Aarón vio esto, levantó un altar delante del becerro y proclamó: «¡Mañana celebraremos una fiesta en honor del Señor!» Al día siguiente todos madrugaron, y ofrecieron holocaustos y presentaron ofrendas de paz, y el pueblo se sentó a comer y a beber, y comenzó a divertirse”.

Observa esto, ¡Mañana celebraremos una fiesta en honor del Señor! Se confunde el becerro de oro con el Señor y ellos ofrecen holocaustos, sacrificios de comunión, y después el pueblo se sienta a comer y beber y se entrega a la juerga, a la fiesta.

Entonces, los del pueblo de Israel, hacen una gran fiesta están muy alegres. Eso fue un verdadero carnaval, lo que ocurrió en el desierto, cuando el pueblo se puso a adorar aquel símbolo de la fertilidad. Entonces Dios, indignado, le dice a Moisés, según Éxodo 32:7-8, lo siguiente:

“...Entonces el Señor le dijo a Moisés: «Anda, baja del monte, porque el pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido. Muy pronto se han apartado del camino que yo les señalé. Se han hecho un becerro de oro fundido, y lo están adorando, y le ofrecen sacrificios, mientras dicen: “Israel, ¡estos son los dioses que te sacaron de Egipto!” El Señor también le dijo a Moisés: «Ya he podido ver que este pueblo es de dura cerviz. Déjame, que mi ira contra ellos se va a encender y los voy a consumir. Pero de ti haré una gran nación.”

Sorprendentemente Dios hace una propuesta a Moisés ante ese pueblo desobediente y perverso. Dios le dice: ‘Moisés, quiero transformarte en un nuevo Noé. Voy a acabar con ese pueblo que se merece todo tipo de condenación’. Al fin y al cabo, Dios hizo un pacto con ellos y en la primera oportunidad, ellos adoran un becerro de oro. Luego, Dios también le dice a Moisés, algo como lo siguiente: ‘conforme tratamos en el pacto, voy a acabar con todo. Y tú, Moisés, serás el gran líder de una gran nación’.

Llama la atención ver cómo Dios bendijo tanto el corazón de Moisés. Él hace una prueba con Moisés y éste es aprobado con nota máxima. En lugar de preocuparse por su trabajo, y por el pecado del pueblo, al cual Jehová quiere castigar y destruir, se ocupa, mas bien, de solicitar la benevolencia del Señor, suplicando su gracia y el perdón, misericordia y benignidad, a favor de los descendientes de Jacob, con quien Jehová había ratificado el pacto abrahámico.

Interesante que, en lugar de quejarse, él le implora al Señor por el pueblo. En el capítulo 32 de Éxodo, los versículos del 9 al 13 señalan que: “...El Señor también le dijo a Moisés: «Ya he podido ver que este pueblo es de dura cerviz. Déjame, que mi ira contra ellos se va a encender y los voy a consumir. Pero de ti haré una gran nación.» Entonces Moisés oró delante del Señor su Dios, y dijo: «Señor, ¿por qué habría de encenderse tu furor contra tu pueblo, si tú lo sacaste de Egipto con gran poder y con mano fuerte? Los egipcios van a decir: “¡Dios los sacó para su mal! ¡Los sacó para matarlos en los montes y para borrarlos de la faz de la tierra!” ¿Y por qué van a decirlo? ¡Calma el ardor de tu ira, y no cometas este mal contra tu pueblo! Acuérdate de tus siervos Abrahán, Isaac e Israel, a quienes les juraste por ti mismo: “Yo multiplicaré la descendencia de ustedes como las estrellas del cielo, y les daré toda esta tierra, de la cual les he hablado, para que sea su herencia para siempre.”

Moisés pide piedad, cuando intercede por su pueblo dice con vehemencia: ¡Ten piedad, Señor! ¡Recuerda a tus siervos Abraham, Isaac y Jacob! ¿Cuál fue la respuesta divina? ¿Qué dijo Dios ante su ruego? Dice aquí: “...Entonces el Señor cambió de parecer y ya no le hizo daño a su pueblo...” (RVC). Fue tanto su ímpetu y la profundidad de la suplica, un verdadero ruego de amor a favor de la nación de Israel, que la Biblia dice que el Señor se arrepintió del mal que dijo que le haría a ese pueblo. Dios siempre bondadoso y compasivo hacia nosotros. Perdonador.

Y luego de ese suceso, Moisés baja con las tablas escritas por el dedo de Dios. Josué había quedado en medio del camino y cuando escucha aquello, se pregunta sobre lo que estaba pasando. Entonces los dos llegaron y encontraron al pueblo, bailando y danzando; festejando ante aquel becerro que era adorado, en una especie de gran juerga, de gran culto pagano, a semejanza de los cultos de la antigüedad. Entonces Moisés, indignado, tiró las tablas al pie del monte, con tanto impulso y fuerza, que ambas se partieron, quedando totalmente rotas, destrozadas. De esta manera, se rompieron. Y Moisés llama la atención a Aarón, porque no asumió su responsabilidad en aquel día.

La Biblia nos dice que, a causa de eso, los fieles al Señor tomaron sus espadas y atacaron a los demás que habían roto el pacto. El texto relata el triste y funesto resultado de ese día, antes tan festivo y de baile, según leemos en los versículos del 19 al 28: “...Y cuando Moisés llegó al campamento y vio el becerro y las danzas, se encendió su enojo y, arrojando lejos de sí las tablas, las quebró al pie del monte. Luego tomó el becerro que habían hecho y lo quemó en el fuego, moliéndolo hasta reducirlo a polvo (...). Luego, le dijo a Aarón: «¿Qué te ha hecho este pueblo, que lo has hecho cometer tan gran pecado? (...) Entonces él les dijo: Así ha dicho el Señor, el Dios de Israel: “Fájese cada uno de ustedes la espada al cinto, y vaya de puerta en puerta por el campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo, o a su pariente.” Y los hijos de Leví, hicieron lo que Moisés les ordenó, y ese día cayeron a filo de espada, como tres mil hombres del pueblo”.

Hubo un breve momento de arrepentimiento y luego Moisés dijo a Israel versículos 30 al 32): “...Ustedes han cometido un gran pecado. Pero voy ahora a subir al monte, y hablaré con el Señor; tal vez pueda apaciguarlo acerca del pecado de ustedes.» ...volvió Moisés para hablar con el Señor, y le dijo: «Este pueblo ha cometido un gran pecado, pues se hicieron dioses de oro. Te ruego que les perdones su pecado. De lo contrario, ¡bórrame ya del libro que has escrito!” ...”

Así que observamos que Moisés vuelve al monte y le dice todo a Dios: “¡Qué pecado tan grande ha cometido este pueblo al hacerse dioses de oro! Sin embargo, yo te ruego que les perdones su pecado. Pero, si no vas a perdonarlos, ¡bórrame del libro que has escrito!”. Moisés pasó a amar de tal manera al pueblo de Israel, al punto de decir estas palabras. Él pronunciaba el espíritu de Cristo. El mismo tipo de ansiedad que tuvo Pablo por el pueblo judío, prefiriendo el perjuicio propio, por el beneficio del pueblo del pacto.

“...Y el Señor le respondió: «Borraré de mi libro al que peque contra mí. Tú ve y lleva ya a este pueblo al lugar que te he dicho. Mi ángel irá delante de ti. Pero cuando tenga que castigarlos por su pecado, los castigaré. “Y el Señor hirió al pueblo por el becerro que Aarón había hecho para ellos...”

Es extraordinario observar, por un lado, cómo la naturaleza pecaminosa y frágil del hombre, se olvida de las grandes bendiciones de Dios y pasa a practicar aquí el pecado más horrible, como es adorar a falsos dioses. Y, por otro lado, vemos a aquel hombre malo y de naturaleza frágil, pero que fue transformado por la acción

poderosa de Dios actuando en su vida, y es capaz de estar dispuesto al peor perjuicio, en favor de su propio pueblo, o para asegurar la vida y salvación de un tercero.

Es notable que Dios hace una prueba con Moisés y él demuestra cuánto creció en esos años de trabajo y de disfrute de la presencia del Señor. A ti que me escuchas te digo: Dios bendiga tu corazón, para que seas menos parecido al pueblo, que fue detrás del becerro de oro, y más parecido a Moisés, que suplicó al Señor, aun en perjuicio propio, para favorecer y proteger al pueblo de Israel.